

pueblo que no supo reaccionar a tiempo. La entrevista rodada por Alf Brustellin y Bernhard Singel ("La guerra de las tres muchachas") es uno de los mejores episodios de la película: clarifica cuanto a partir de entonces va a contemplarse: la estrecha mentalidad de un policía de aduanas, soñador de una simple mejora de su trabajo (episodio rodado por Edgar Reitz), la desconianza de unos seres hacia otros, como la de la pobre chica que es rescatada por una desconocida de la paliza que le propina su amante (episodio filmado por Katja Rupé y Hans Peter Cloos), o el morbo y la inquietud ante cualquier ser desconocido... La base está, sin embargo, en la propia historia de un pueblo que ha soportado o colaborado en la implantación de un imperio del terror. No podía ser más que Alexander Kluge ("Una muchacha sin historia") quien diera pie a esa reconsideración histórica con documentos que recuerdan el "suicidio" de Rommel y, años atrás, la condena a Rosa Luxemburgo, quien profetizaba que Alemania no podía elegir más que entre el socialismo o la barbarie.

Otros episodios, con mayor o menor fortuna, van intercalándose en la película. Henrich Böll es el autor del guión dirigido por Völker Schlöndorff (autor anteriormente de "El joven Torless", "La repentina riqueza de los pobres de Korbach", "Fuego de paja", "El honor perdido de Katherina Blum" o "Tiro de gracia"). El episodio de Schlöndorff se presenta como una ironía de la estupidez de los gobernantes alemanes, pero encierra al tiempo una meditación sobre las acciones terroristas basándose en la "Antígona" de Sófocles: la postura de la heroína de aquella tragedia contradecía también las leyes de Creonte, pero imprimía el principio de una lucha necesaria: enterraba a su hermano muerto en las mismas condiciones en que Creonte organizaba las exequias de Eteocles.

Diferencia que se arrastra a nuestros días, con ese silencioso homenaje de los asistentes al entierro de Baader, Rasper y Ensslin, final de la película.

Si "Alemania en otoño" es una obra irregular y a la que posiblemente sobran algunos de sus episodios, no es menos cierto que se trata del primer documento solidario de un grupo de cineastas dispuestos a participar activamente en los problemas más acuciantes de su país. De un país que se adivina en la película complejo, inquietante e injusto. ■

GOTAS NADA MÁS

VISITO a un queridísimo amigo, gran crítico y profesor, de vuelta una vez más en España, y apenas si iniciamos la pregunta acerca de nuestro respectivo estado de salud cuando salta la preocupación fundamental en la penumbra íntima, acolchada, de su despacho: —¿Qué me cuenta, usted de la política? —dice mi anfitrión.

Yo llevaba en la cabeza la idea de preguntarle por sus hijos, a los que me une una vieja amistad, y por su nieta, que ha quedado, asimismo, en Estados Unidos; y él, como cogido en falta por mi balbuceante cortesía, se ha creído en la obligación de indagar, presurosa y vergonzosamente, por la salud de mi anciana madre y por el quebrantado estado de mi primo Ataúlfo, a quien el crítico conoce y estima sobre manera por su estimulante y laureada composición intitulada "Oda a Lucho Gatica". Pero es evidente que en los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño, y que atrás quedaron los dulces días en que hablábamos de novelas hasta que mudábamos la piel de la lengua. Ahora es la política, ingerida como tequila, la que acapara nuestra atención: la sal de la anécdota, para empezar; el análisis de la actualidad, como un trago seco y duro, y el resultado destilando jugo ácido, como de limón, entre dientes y epitelios. Y así, de mostrador en mostrador, todos los santos días: en la oficina, en el bar, en las casas, en pleno concierto. Cuánta autocompasión y qué cruz, Señor.

—Un lío —le digo a mi amigo—. Un endemoniado lío, la política.

No es un comienzo brillante, pero tampoco es un mal comienzo.

—¿Pues qué me dice usted de Felipe, retratado con toda la desvergüenza del mundo junto a la cabeza de Pablo Iglesias, en esos carteles que hay pegados por todo Madrid? ¿Es que se cree el mozo otro Pablo Iglesias?

Como no conozco ni siquiera de lejos las intenciones de González, que tanto han irritado a mi amigo y que, según él, tanto han de escocer a las bases del PSOE, hablamos hasta caernos muertos de las próximas elecciones, de las razones que sostiene a Rodolfo Martín-Romero Robledo en la poltrona ministerial, de las multinacionales y del reducido y alto grupo (no los Garrigues) que gestiona sus intereses en nuestra vida política. Una conversación la mar de entretenida para dejar pasar la lluviosa tarde de domingo. Y la charla recae, como no podía ser menos, en el golpe de Estado, la obsesión nacional de nuestros días.

—¡Pero sí ya lo han dado! —exclama mi amigo—. De manera más inteligente y encubierta que en el pasado, pero ya lo han dado. Por otra parte, como usted sabe, he pasado tres meses fuera de España, llevo en Madrid algo más de una semana, y puedo asegurarle que el miedo de los ciudadanos es tan general y profundo que, si la derecha tuviera unos líderes medianamente inteligentes, se llevaba de calle las elecciones.

También me lo dijeron el otro día y sentí lío. Claro que los fulanos de la tertulia son unos rojazos de muchísimo cuidado; unos tipos pesimistas y sombríos, como oficinistas de Benediti, recién salidos del ghetto de la clandestinidad a la luz de la democracia y de la libertad, con

una clara tendencia a volver, como los topos, a la seguridad de sus viejas y oscuras galerías. Por lo menos, eso parecen desear ellos. Es lo cierto que, por razones históricas de todos conocidas, el miedo es un sentimiento profundamente arraigado en nuestro país, que ahora en estos días con particular relieve como resultado de una amplio movimiento que parece esencial clarificar. El despliegue de la Fuerza Pública no es sólo un medio de asegurar el orden en nuestras ciudades, sino también —y dejo mis palabras en el estricto terreno de las hipótesis— la táctica empleada para crear un clima de inseguridad que empuje los votos en la dirección conveniente. Por si los muertos ocasionados por el terrorismo no fueran suficientes para espantar cualquier sensibilidad, se llevan a los noticieros de la radio y la televisión los delitos que hasta ahora llamábamos comunes como si de catástrofes nacionales se tratara; las huelgas, explicables en razón de la época del año en que nos hallamos y de la intransigencia de la gran patronal, que se recuperará no obstante vía inflación de las alzas salariales, a la

EL MIEDO DE NUESTRAS VIDAS

ANTON AMARGO

vez que cumple con obstinación los objetivos desestabilizadores que persigue, son contadas morosamente por los locutores para que, lo que es el coste social de un sistema, suene a espantosos desorden que concluya ofuscando las mentes y envenenando los corazones. Bolero. Cualquiera de nosotros puede tener la bonita experiencia de pasear por el barrio y, de repente, verse envuelto en un caos delirante de luces y sirenas, mientras miembros de la Policía se lanzan metralleta en mano de coches en marcha y adoptan posiciones de combate al otro lado de la calle. No pregunten ustedes qué ocurre, ni siquiera a los protagonistas de tan singulares hechos, porque nadie sabrá, en realidad, qué razón aconseja semejante esfuerzo bélico. Nadie lo sabe. Pero todo el mundo piensa que, cuando la Policía lo hace, es que el asunto está completamente podrido. Y, en efecto, lo está. Pero no en la dirección que el ciudadano imagina. Sin ignorar otras amenazas, a España la están pudriendo aquellos que saben que cualquier avance de la libertad supone un ataque real y cierto a sus intereses. Y están dispuestos a impedirlo. Por eso, día a día, se está dando el golpe de Estado. Y llega un momento en que el ciudadano tiene miedo, muchísimo miedo, y daría su voto al diablo con tal de que le librarán de esa pasión innoble y de esta angustia sin riberas. Es el momento en que "La Bestia" surge, a sangre y fuego, de las sentinas de la condición humana. ¿Qué decir del escritor, tío? No menos acobardado, y quizá más, que sus compatriotas, estupefacto ante la perspectiva posible de ahogar a Suárez —Señor, Señor, qué cruz—, medita en silencio frente a las cuartillas en blanco, pone sus dedos en la máquina de escribir y comienza a ejercitarse en la vieja pesadilla de la escritura entre líneas, en la metáfora y en la metonimia, mientras una capa de polvo cubre definitivamente su viejo corazón. Tango.

—¡Resistid a "La Bestia"! —le gustaría gritar a pleno pulmón—. ¡Echad el miedo de vuestros cuerpos, y sólo así podréis vencerla!

Tendría ganas de decirlo, sí. Pero, ¡caray, cualquiera lo dice! ■